

Del urbanismo multidisciplinario a la urbanística transdisciplinaria.

Una perspectiva sociológica

Artemio BAIGORRI

Taller de Estudios Sociales y Territoriales, S. L. Profesor de la Universidad de Extremadura.

RESUMEN: El Urbanismo, como práctica profesional y como campo científico, todavía no tiene un estatuto definido, ni siquiera un perfil epistemológico claro, a pesar de que el término tiene ya casi un siglo, y de que diversas disciplinas científicas y técnicas se ocupan de esta problemática, que aquí se considera eminentemente social. Aunque la preocupación urbanística fue, primero y ante todo, una preocupación social y sociológica, la Sociología ha hecho a lo largo del siglo XX dejación de sus capacidades. La Ecología Humana primero, y la Sociología Urbana después, se han mostrado incapaces de otorgar al sociólogo el estatuto de urbanista. Y, desde otras perspectivas científicas (geografía, derecho, ciencias de la naturaleza...) la actitud ha sido equidistante. Ello ha dado pie, y facilidades, a los intentos tecnocráticos de *expropiación* de la práctica urbanística por parte de algunas artes y áreas técnicas relacionadas con la edificación (ingeniería y arquitectura), derivándose de ello un urbanismo a menudo contradictorio con las necesidades sociales. Se plantea así la necesidad de superación de estas limitaciones, y competencias interdisciplinarias, mediante la apuesta por la construcción de una ciencia transdisciplinaria que abarque, no sólo el urbanismo, sino en general las relaciones entre los grupos e instituciones sociales y el medio físico (natural o humanizado) en que se desenvuelven.

INTRODUCCIÓN

La multidisciplinariedad en el planeamiento urbanístico es hoy un hecho. No se trata de una opción epistemológica, una teoría, una metodología o una técnica particular. Empíricamente observamos que profesionales de ciencias y técnicas variadas se ocupan de forma habitual del Urbanismo, por tanto son urbanistas en

cuanto práctica profesional. Y en la teoría también se ocupan del Urbanismo gentes especializadas en materias muy distintantes entre sí, y por tanto son teóricos del Urbanismo, o dicho con más exactitud –aunque el término sea un raro neologismo nunca aceptado– son urbanólogos. Habitualmente, las convocatorias de cursos de postgrado en Urbanismo suelen ir dirigidas,

Recibido: 20-02-95. Revisado: 21-03-95.

El sustrato de este texto procede de la ponencia redactada como documento-base para una mesa redonda sobre la multidisciplinariedad en el planeamiento, con la participación de profesionales de todas las ciencias y técnicas que desembocan en el diseño y la práctica urbanística, en el marco del I Curso de Urbanismo para titulados superiores organizado por la Asociación Extremeña de Sociología (Badajoz, 1993-94). La última parte del artículo, apuntando una propuesta de discusión en torno a unas Ciencias del Territorio, está extraída de una conferencia sobre *Espacios naturales, sociedad y ordenación del territorio*, pronunciada en las I Jornadas de Divulgación Ecológica de la Universidad de Zaragoza, en 1990. La propuesta de *Caronomía* de García-Bellido, publicada en el número

100-101 de esta Revista, me animó a dar mayor publicidad a un texto que andaba ya de aquí para allá; pero no como respuesta –desde la Sociología– a un programa epistemológico que, en cualquier caso, adolece de cierto olvido de las Ciencias Sociales puras, sino como una aportación paralela, desde otra perspectiva disciplinaria, a la reflexión colectiva que en mi opinión debe hacerse en el camino hacia una institucionalización de las ciencias de la ciudad y del territorio. De ahí que haya optado por no *adaptar* mi texto originario, aunque sí he incorporado algún pequeño cambio, en parte siguiendo sugerencias del propio García-Bellido –al que agradezco, además de sus críticas y sugerencias, sus aportaciones documentales–, y he ampliado algunas referencias.

expresamente, a captar un alumnado procedente de disciplinas variadas (1). Aparentemente, y más allá de las lógicas competencias corporativistas por el dominio de este territorio, explicables ecológicamente, nadie le discute a nadie, en lo particular, su competencia para ocuparse del Urbanismo.

Entonces, si la multidisciplinaria ya existe, ¿para qué ocuparnos de esta cuestión? He creído conveniente hacerlo, precisamente para plantear una contradicción conceptual, o más exactamente una crítica de la multidisciplinaria, del mito del Urbanismo multidisciplinario. Y ver hasta qué punto esa crítica puede ser asumida desde otros paradigmas científicos o profesionales. De un lado con una finalidad teórica: seguir avanzando en la conceptualización en torno a unas Ciencias del Territorio, ubicadas bajo el paradigma de una Ecología Social (2), una de cuyas ramas sería precisamente la Urbanística (o Urbanología, si damos el salto de la técnica a la ciencia). De otra parte con una finalidad práctica: provocar a quienes se sienten *urbanistas* en términos de calificativo referido a otra *ciencia principal* (en este caso la Sociología), para que se descubran urbanistas a secas. Porque –esta es la cuestión esencial que se plantea– el Urbanismo no puede ser multidisciplinario, sino transdisciplinario.

Ello quiere decir esencialmente, y hasta en tanto aparezcan esos *urbanistas propiamente dichos*, formados académicamente y de forma especializada en las Ciencias del Territorio, que cada *urbanista realmente existente*, procedente de unas u otras ramas científicas o

técnicas, sepa no tanto cual es su rol en una supuesta multidisciplinaria jerarquizada (3), como más bien cuales son sus límites, y qué es lo que las ciencias y técnicas vecinas pueden hacer por él. Esto es, que cada urbanista procedente de cada una de las ramas sepa embeberse de las demás. Si no lo hace así podrá decir a lo sumo que hace construcción u obra pública, derecho urbanístico, hacienda pública, en nuestro caso Sociología Urbana, pero en modo alguno podrá pretender que hace Urbanismo.

DE LOS GRANDES GENERALIZADORES A LOS TRANSDISCIPLINARIOS

Aunque el Urbanismo ha existido siempre como práctica social, no surge como objeto de análisis, de conceptualización, y de diseño sobre bases metodológicas previas, antes del siglo XIX, al igual que otras muchas ciencias (entre ellas la propia Sociología). En una primera fase, que François Choay –más *multidisciplinaria* que *transdisciplinaria*– denominó el *preurbanismo*, es obra de grandes generalizadores (4): sociólogos, historiadores, economistas, políticos, filósofos... De Saint-Simon a Engels, pasando por Owen, podemos escoger cualquier nombre representativo según nuestras preferencias (5).

En una segunda fase, muy breve y que cubre la última década del siglo XIX y primera del XX (6), pasa a ser de alguna forma patrimonio de los *técnicos*, fundamentalmente

(1) En el curso citado en la nota anterior, de dieciocho alumnos seis eran abogados, cinco sociólogos, cuatro geógrafos, un economista, un arqueólogo y un arquitecto.

(2) Cabe citar al menos tres, de entre los elementos que podrían constituir este paradigma: a) el determinismo no mecanicista de los ecosistemas naturales y artificiales, en interrelación con el sustrato tecnológico, sobre las estructuras sociales y territoriales, y en mayor medida sobre las infraestructuras *mentales* (en un determinismo imperfecto de carácter ecológico, no biológico); b) la implementación del azar, en los términos planteados por la física en la Sinérgica, como variable de importancia en los hechos humanos; c) la convicción de que la obtención de la máxima eficiencia en términos de coste-beneficio, condiciona los comportamientos, creencias y descubrimientos sociales.

(3) Desgraciadamente sigue siendo habitual encontrar geógrafos, con su master en Urbanismo o en Ordenación del Territorio a cuestas, que dicen dedicarse «al Urbanismo», pero que se limitan a hacer el enmarque geográfico, la climatología o la demografía, para la Memoria Informativa. O sociólogos que, en

la misma situación, son marginados (generalmente automarginados) en supuestos equipos multidisciplinarios, en los que están *especializados* en redactar la información socioeconómica del municipio. Y así sucesivamente...

(4) Sin ser claramente peyorativo, el concepto de *generalizador* utilizado por Choay en *El urbanismo, utopías y realidades*, no deja de ser subjetivista, con fuerte carga valorativa e ideológica. No deja de ser sintomático que la autora no sea técnica, sino que proceda justamente de las Ciencias Sociales, desde las cuales nos hemos acercado casi siempre a la cuestión con un cierto complejo de inferioridad.

(5) Cerdá pudiera ser, tal vez, la única excepción. Pues, aunque según veremos tuvo una visión amplia de la cuestión urbanística, no se enfrentó al tema desde la generalización, sino desde la especialidad técnica.

(6) En realidad esta fase en ningún momento se ha agotado, sino que se ha mantenido viva y todavía constituye el componente fundamental de algunas de las ideologías urbanísticas imperantes.

los arquitectos. Precisamente a raíz de las denuncias de los reformadores sociales, que obligaron a tomar conciencia en Europa del caos provocado en las ciudades industriales por la mezcla de usos y falta de infraestructuras higiénicas, se produce un auge de las ordenanzas constructivas, y una revisión de las teorías estéticas y arquitectónicas. Ya bien entrado el nuevo siglo hallamos una buena representación de este programa en la panarquitectura de Le Corbusier, quien declaraba con cierta soberbia que *el urbanista no es más que un arquitecto* (lejos quedaba ya 1841, año en el que la Asociación de Arquitectos de Berlín se había negado a participar en un concurso para la construcción de viviendas obreras por considerar que esta tarea carecía de *interés arquitectónico*).

Pero de forma inmediata, y ya en los últimos años del siglo XIX, surge una tercera fase reactiva que pone en tela de juicio el urbanismo de los técnicos (después llamado *tecnocrático*), y que ataca desde frentes muy diversos: tecnólogos, humanistas y filósofos, pero básicamente desde los paradigmas de las Ciencias Sociales. Unos y otros coinciden en la complejidad del fenómeno urbano, y en la imposibilidad de circunscribirlo a un único enfoque, pero sobre todo coinciden en la crítica del *urbanismo real* practicado por los denominados *especialistas*. Esta línea (7) se prolongará prácticamente hasta nuestros días, pero señalar un nombre representativo de esta tercera fase sería difícil, pues son muy numerosos. Tal vez alguien suficientemente conocido y aceptado desde todos los ámbitos de las Ciencias Sociales podría ser Lewis MUMFORD (8), pero en realidad habría de ser el estructuralismo, como ideología científica, el que ofrecería más tarde un fuerte basamento

para construir el mito de la multidisciplinariedad (lo que de hecho socavó la riqueza holística que venía aportando esa que podríamos denominar *tercera vía*).

Aunque podríamos ubicar a finales de los años 60, con la crítica del estructuralismo y la falsa multidisciplinariedad, desarrollada por Lefebvre, el arranque de lo que sería una cuarta fase de plenitud (que habría de conducir con el tiempo a esa transdisciplinariedad que proclamamos) (9), en tres décadas esta línea no ha hecho sino balbucear. Cabe hablar, en los términos planteados por la Sociología de las Ciencias de Khun, de intereses materialcorporativos que bloquean la generalización del nuevo paradigma; cabe hacerlo también, parafraseando términos marxistas, de la contradicción entre las estructuras que conforman el modo de producción urbanística imperante, y el desarrollo de nuevas formas productivas emergentes; habrá, en fin, quien considere que en la década ominosa del superconservadurismo reaganiano, del neoliberalismo thatcheriano, no podía haber un paradigma crítico y humanista como el que había propuesto Lefebvre unos años antes, orientado a desembocar en el urbanismo transdisciplinar. El hecho cierto es que navegamos todavía en el mito de la multidisciplinariedad.

EL MITO DE LO MULTIDISCIPLINARIO

Sentemos como prueba, alrededor de una mesa, a un abogado, un arquitecto, un biólogo, un economista, un geógrafo, un ingeniero, un sociólogo... (cito por riguroso orden alfabético), para hablar del asunto. Veremos cómo al exponer la visión urbanística

(7) A menudo esta crítica –incluso desde las filas de la Sociología, como ocurre con Nisbet– se ha interpretado erróneamente como un permanente y moralista *lamento sociológico* contra la ciudad como foco de vicios, maldades y perversiones. Pero si bien es cierto que es desde la Sociología desde donde primeramente se denuncian las graves contradicciones del proceso de urbanización, es también desde esta disciplina –ya en su mismo origen– desde donde se propone en términos de pretensión científica un paradigma positivo de progreso que incluye la consideración de la ciudad como espacio de la libertad y la creatividad social.

(8) A Mumford es difícil (como al propio Urbanismo), circunscribir a una sola disciplina. Para los sociólogos fue

esencialmente sociólogo, pero también ejerció de periodista (crítico de arte y arquitectura), fue un grandioso historiador de la civilización, buen tecnólogo, y también urbanista –ejerció precisamente de profesor de Urbanismo–.

(9) En 1965 la revista *Scientific American* compone un monográfico sobre la ciudad que constituye uno de los hitos multidisciplinarios en la historia del pensamiento urbanístico. Sociólogos como Kingsley Davis, Sjober o Nathan Glazer, junto a arquitectosurbanistas como Hans Blumenfeld o Kevin Lynch, juristas expertos en política de vivienda como Charles Abrams, economistas e ingenieros, ofrecen un completo cuadro de la *cuestión urbana* que, traducido por Alianza en 1967, alcanzó gran éxito en España. Todavía sigue reeditándose.

de cada una de las disciplinas la multidisciplinariedad se convierte en mito. Precisamente, como han puesto de manifiesto los historiadores de la ciencia, una de las características de las Ciencias, de todas las Ciencias por igual, es su actitud imperialista (10). Lo cual conduce en último término a situaciones de conflicto interdisciplinar, antes que a la supuesta colaboración multidisciplinar. Es decir, lo que en realidad se ha intentado no ha sido una interacción creativa entre las disciplinas; sino que más bien se ha probado, desde cada una de ellas por separado, a abarcar todos aquéllos aspectos ajenos que pudieran parecer de interés para ofrecer un corpus más acabado de la propia disciplina.

Esto, que en el ámbito de las Ciencias Sociales es un hecho admitido, con el que más o menos se ha aprendido a convivir, se complica cuando entran en juego disciplinas técnicas como la Arquitectura y la Ingeniería (las cuales tienen menos delimitados los campos entre sí, pero sí que los procuran delimitar muy estrictamente, en común, frente a otras ciencias y técnicas), y más aún cuando hacen su desembarco en el planeamiento urbanísticoterritorial las Ciencias Naturales (Biología y Bioecología, Geología, Agronomía, etc), algunas disciplinas artísticas (Historia del Arte, Diseño, Arqueología...) e incluso hay acercamientos desde determinados programas de las denominadas Ciencias Físicas (como la Cibernética, la Energética o la Dinámica de Sistemas). De hecho, esta afluencia masiva a una disciplina poco definida (11) llevó en los años 60 a lo que yo definiría como *caos epistemológico*. Una situación que, estimo, se ha mantenido en las décadas pasadas y que ha llevado al descrédito del propio Urbanismo, reducido al fin al arte de la componenda y trapicheo, no sólo entre disciplinas sino entre los propios agentes sociales e instituciones interesados en ese ámbito. En la práctica,

obviamente, nos apañamos como podemos. Cada cual se guarda sus reticencias competenciales, se discute hasta lo indecible y se intenta sacar adelante el planeamiento lo mejor posible, contando además con lo que permiten hacer los políticos y los grupos de presión. Pero ese ni puede ni debe ser, obviamente, el futuro del Urbanismo.

Entretanto, en nuestra hipotética mesa redonda todos los profesionales que, procedentes de las diversas disciplinas citadas, habíamos convocado, habrán realizado una exposición demostrativa de que su respectiva disciplina es la única base posible de una Urbanística. ¿Seremos capaces de ir un poquito más allá y señalar, tras demostrar que la Sociología es el Urbanismo, que la Arquitectura es el Urbanismo, que el Derecho es el Urbanismo, que la Geografía, la Ingeniería, la Economía son el Urbanismo, cuáles son los límites objetivos que hacen que eso ninguno de nosotros podamos crearlo en el fondo? En estas páginas intento siquiera apuntar ese ejercicio en lo que a la Sociología se refiere.

SOCIOLOGÍA Y URBANISMO

Del mismo modo que Le Corbusier proclamó que el urbanista no es sino un arquitecto, Patrick Geddes proclamaba críticamente, muchos años antes, que el urbanista no puede estar encarnado en un simple constructor de paralelogramos o un sencillo dibujante de perspectivas. Geddes es una figura señera en esa segunda fase citada, de reacción frente a los especialistas, y ello explica quizás el radicalismo de su crítica. Fue el maestro de Mumford (12), y proclamaba provocador que, *salvo contadas excepciones, el arquitecto más prestigioso, por competente que sea en la concepción de edificios aislados, se revela tan poco experto en materia de*

(10) Competencia, dominio y sucesión son conceptos, tanto de la Ecología Humana como de la Bioecología, plenamente aplicables al desarrollo de los programas científicos.

(11) Fenómenos como este son relativamente habituales en el desarrollo de las Ciencias. Por citar un caso bastante paradigmático, la Teoría de la Comunicación constituye un campo en el que pastan juntos, pero no revueltos, filósofos, sociólogos, psicólogos, teóricos de las CC. de la Información, filólogos, físicos, informáticos, etc. Naturalmente, la Teoría de la

Comunicación no mueve los miles de millones que genera el Urbanismo, y en consecuencia no se han intentado establecer cotos legales ni barreras corporativas.

(12) Geddes fue el creador de conceptos universalizados como el de conurbación, o las eras paleotécnica y neotécnica que desarrollaría luego Mumford. Curiosamente también fue muy polifacético, pues se formó como biólogo con T.H. Huxley, para pasar a través de los geógrafos franceses y la sociología física de Le Play hasta el urbanismo.

ordenación urbana (*town planning*) como las autoridades municipales (en CHOAY, 1971; 426). Esto lo escribía en su obra *Ciudades en evolución*, publicada en 1915 y que constituye tal vez el primer manual sobre técnicas y metodología para el planeamiento (13). Su primera gran obra, *Desarrollo urbano*, se publicó en 1904, y consideraba el Urbanismo (él lo denominaba *polística*, en tanto ciencia de las ciudades) como una ciencia aplicada, que se desarrolla mediante la experimentación, y que se convierte de este modo en una arte cada vez más eficaz, susceptible de mejorar la vida de la ciudad y de contribuir a su evolución.

Hay que iniciar con Geddes cualquier reflexión sobre el papel de la Sociología en el Urbanismo, porque constituye sin duda el punto en el que, en el caso de la Sociología, se plantea esa actitud imperialista hacia el Urbanismo que antes he achacado por igual a todas las disciplinas. Pero la propia reflexión sociológica es precisamente urbanística ya en su origen (14), y tenía una larga tradición de casi un siglo cuando Geddes publica su primera obra. Es sin duda esa profunda y larga tradición la que empuja a Geddes a sociologizar tan extremadamente el Urbanismo.

Como es sabido, la revolución industrial había provocado, desde finales del siglo XVIII, pero especialmente a partir de mediados del XIX, un impresionante crecimiento demográfico de las ciudades. Para hacerse una idea baste señalar que Londres pasa de algo más de 800.000 habitantes a principios de siglo a casi 4.300.000 en el último censo

del siglo XIX, en 1891. La nueva fisonomía de la ciudad industrial, que se extiende por Europa, genera profundos cambios sociales, y es en buena parte la preocupación por estos cambios lo que dará lugar a la aparición de la Sociología (15). Como hoy, hay en el propio origen de esta ciencia una Sociología Física y una Sociología Política: unos se ocuparon de medir esos nuevos fenómenos sociales, como Quetelet, Champneuf, o Levasseur, mientras que otros hacían una crítica de las estructuras -físicas y sociales- causantes de esa problemática, proponiendo su reforma, como Saint Simon y Considerant -quienes procedían de la ingeniería y terminaron dedicados a la incipiente Sociología-, o como Fourier, Owen y Cabet, cuyos modelos utópicos de ciudad (16) han tenido -y siguen teniendo- una fecunda influencia, no siempre reconocida por los inseminados.

Estos antecedentes de Física Social debieron influir sin duda en Cerdá, quien en *Teoría General de la Urbanización* incorpora no sólo análisis sobre arquitectura e ingeniería sino también sobre *Derecho de la Administración*, "estudios societarios", estadística, geografía, la higiene pública, la propiedad, la economía política, la intervención de la Administración con la expropiación urbanística, policía y edificación, etc. (GARCÍA-BELLIDO, 1994; 1109), lo que lleva a algunos autores como el propio García-Bellido a considerarle, en cierto modo, un antecedente (español, por lo demás) de una urbanística transdisciplinaria (17).

En el último cuarto de siglo se dará un periodo de interesantes confluencias. La

(13) En una conferencia pronunciada en Londres en 1904 (CHOAY, 1971, 427), Geddes propone un plan de trabajo para el planeamiento, y un esquema sobre los ámbitos a estudiar e investigar previamente, que coincide casi textualmente con nuestro vigente Reglamento de Planeamiento. O viceversa. Desgraciadamente, las obras de Geddes son inencontrables, especialmente en castellano -es el caso de algunas traducciones publicadas por la editorial Infinito, de Buenos Aires-. Tan sólo algunos extractos y artículos pueden leerse en obras antológicas como la de Choay.

(14) En este sentido, para algunos sociólogos podrían invertirse los términos, diciendo que la reflexión urbanística es sociológica en su origen.

(15) Se trata de una ciudad que crece de forma espontánea, orgánica, no planificada, para la que Gaston Bardet aplicaba justamente el concepto de *urbanización* por contraposición al de *urbanificación* planificada. «L'un est le mal, l'autre remède» (BARDET, 1963: 5).

(16) Que son, no lo olvidemos, modelos de reorganización social. En este sentido, no es admisible el tipo de absorción disciplinaria que hace Benévolo -y que se ha generalizado desde que en 1963 publicó su *Orígenes del urbanismo moderno*- cuando habla de proyectos como los de Owen en los siguientes términos: «Esta proposición constituye el primer plan urbanístico moderno desarrollado en todas sus partes, desde las premisas político económicas hasta el programa constructivo y el presupuesto financiero» (BENEVOLO, 1992; 73). Esto es, desde luego, no haber comprendido a Owen, para quien lo politicoeconómico, esto es la organización social, no es una premisa sino el objetivo último, siendo lo urbanístico -como lo educativo, lo tecnológico, lo productivo...- una parte más del sistema.

(17) Sin embargo, el enciclopedismo de Cerdá -con independencia de la justa reivindicación nacional de su papel procreador del Urbanismo- pudiera ser tomado también como una visión premonitory de la forma en la que algunos técnicos han entendido, en las últimas décadas, la multidisciplinaria,

Sociología desemboca en muchos casos en el Socialismo. Sin duda, el primer análisis en profundidad de la especulación urbana, la crítica más feroz de la ciudad industrial y burguesa desde el ámbito de la Sociología, está en Engels, en su informe sobre *La situación de la clase trabajadora en Inglaterra*, y muy especialmente, en lo que al Urbanismo se refiere, en el pequeño ensayo *Contribución al problema de la vivienda*. La interacción de gentes como el filósofo social John Ruskin (18) y su discípulo el arquitecto William Morris (que publica en 1891 su utopía socio urbanística de carácter socialista, *Noticias de ningún sitio*), permiten atisbar posibilidades de transdiscipliniedad, pero se tratará sólo de casos aislados que no llegarán a fructificar.

A caballo de los siglos XIX y XX la *gran teoría* sociológica, en sus distintos programas, constituye sin duda el principal instrumento de análisis de la ciudad. Las dicotomías entre solidaridad mecánica/solidaridad orgánica de Durkheim, o entre comunidad/sociedad de Tönnies, son la máxima expresión analítica del conflicto entre la sociedad tradicional, rural, y la sociedad industrial, urbana. Superan con mucho la simple oposición campo/ciudad enunciada por Marx y Engels desde un paradigma economicista (19), y el simplón *antiurbanismo* naturalista y *naïf* del pensamiento social dominante en los Estados Unidos en el siglo XIX (en Jefferson y Thoreau especialmente). La obra de Simmel sobre *Las grandes ciudades y la vida del espíritu* tendría una profunda influencia en las décadas siguientes (20), sobre todo porque define la

ciudad como un hecho social, y apunta la mayor parte de los problemas de los que la Sociología Urbana se sigue ocupando todavía. Por lo demás, es en su *Sociología* (1908) donde hallamos, y con este título además, una de las más tempranas reflexiones sobre *El espacio y la sociedad*, en el que se plantea la superposición determinante de lo social sobre lo físico: *Lo que tiene importancia social no es el espacio, sino el eslabonamiento y conexión de las partes del espacio, producidos por factores espirituales* (SIMMEL, 1986; II, 644) (21).

Es en este momento, no antes ni después, cuando podemos hablar de la aparición del concepto de lo *rural* y lo *urbano*, como expresión dicotómica fundamental que constituye la espina dorsal del Urbanismo. Max Weber aplica su metodología de los tipos ideales al estudio de la ciudad. Para él la ciudad, como *tipo ideal*, implicaría el mercado, la plaza fuerte, una jurisdicción propia, leyes al menos parcialmente autónomas, un asociacionismo específico y una administración relativamente independiente puesta en manos de unas autoridades elegidas por los habitantes de la ciudad. Es Weber, más que Marx, quien profundiza en ese aserto que se cuenta estaba inscrito en el frontispicio de la puerta principal de una ciudad alemana, ya en la Edad Media: *el aire de la ciudad nos hace libres* (WEBER, 1987; 40).

Y, puestos a reivindicar la aportación española al desarrollo de una ciencia de las ciudades, en nuestro caso desde la

(continuación)

invadiendo disciplinas ajenas mientras simultáneamente protegen la propia con artillería pesada. Ya antes de que este fenómeno se generalizase (el de los arquitectos rellenando las Memorias Informativas con «estudios societarios»). Bidagor había criticado en Cerdá su voluminosa Memoria del proyecto de ensanche de Barcelona, por cuanto «no se ve por ningún lado la utilización de todos estos estudios» (BIDAGOR, 1968; 268). Efectivamente, no se trata de *rellenar* memorias informativas con datos de población, empleo, equipamiento o estructuras agrarias locales, sino de interpretar globalmente la realidad territorial -urbana o rural- que estamos planificando, de forma que esta lectura holista se transmita no sólo en la Memoria Informativa, sino también en la Justificativa, en las ordenanzas reguladoras y en el diseño. Por lo visto estos presupuestos son fáciles de asumir a nivel planetario -Gata dixit-, pero ahora al menos no hay manera a nivel municipal.

(18) Entre 1860 y 1870 Ruskin hace el «elogio de la diversidad», y propone «la ciudad como un espectáculo más atractivo que el paisaje».

(19) Contradicción que Kropotkin, que ejerció de antropólogo, sociólogo y geógrafo, además de como uno de los patriarcas del anarquismo, pretendió superar mediante una simbiosis de la industria y el campo, una superación dialéctica del enfrentamiento campo/ciudad que inspiraría profundamente, por ejemplo, el ideal usoniano del arquitecto americano Frank Lloyd Wright.

(20) Algunos historiadores del pensamiento apuntan que Spengler, en *La decadencia de Occidente*, para quien la aparición de las metrópolis rubrica la vejez de las civilizaciones, plagia descaradamente y sin citar muchas de las ideas de Simmel.

(21) ¿No habrá influido este texto de Simmel en urbanistas como William H. Whyte, el padre de los microespacios y del paisaje urbano? Para este es preciso «concentrar la atención en los espacios más reducidos, los retazos y parcelas irregulares y de modo especial en los que cabe conectar entre sí. Hay un asombroso número de eslabones de conexión en espera de que se los descubra» (WHYTE, 1972: 21).

Sociología, debemos hablar en este punto de Angel Ganivet, un hombre que, de no haberse cruzado a los 33 años con una depresión suicida, podría haber llegado a ser el Simmel español, pues tarde o temprano su psicossociologismo se hubiese topado con la naciente sociología alemana. Su *Granada la Bella*, escrita en 1896, constituye la temprana respuesta en castellano a la rampante tecnocratización del urbanismo, en términos mucho más sutiles y profundos que la mera oposición romántica y reaccionaria a los ensanches, tan habitual en la época. La dicotomía urbanorural, según la cual *la diferencia entre pueblo y ciudad está precisamente en que la ciudad tiene espíritu, un espíritu que todo lo baña, lo modela y lo dignifica* (GANIVET, 1905:89); la influencia en los valores y actitudes de la forma urbana; la crítica de los arquitectos que, *en nuestra época, más que hombres de ciencia o de arte, son acomodadores* (GANIVET, 1905:103); la evolución orgánica de las ciudades como *una acción oculta de la sociedad*; incluso un fermento –en su análisis de la función de los hitos artísticos, así como de la fisonomía de las calles– de lo que seis décadas más tarde Kevin Lynch desarrollaría como la *imagen de la ciudad*. Muchas de las más grandes cuestiones que,

desde la sociología, se han planteado en torno a la ciudad apuntaban en un Ganivet (22) al que una precipitada huida del mundo –y de los celos– impidió llegar a madurar (23).

Estamos a la vez en un momento en el que los fracasos de las comunidades utópicas de Fourier, Owen o Cabet han caído en el olvido, pero están de moda las propuestas de otro utópico autodidacta y preocupado por las cuestiones sociales, Ebenezer Howard, sobre la ciudad jardín (24). Estamos en el momento en el que hace su aparición, en 1910, la palabra *urbanismo* (25), justamente el mismo año en que se celebra en Londres el primer gran congreso multidisciplinar, con la participación de Geddes, Bonnier, Adam, Howard, Unwin y otros. Hay una verdadera eclosión del Urbanismo, hasta el punto de que podríamos decir que es entonces cuando surge como ciencia. Desde la Sociología, y frente al planteamiento meramente arquitectónico que reflejan los primeros manuales de construcción de ciudades de Stübben o Sitte (26), se reivindica el Urbanismo como ciencia de la distribución de los grupos humanos en el espacio.

La Escuela de Chicago, nuevamente la Sociología preocupada por el crecimiento

(22) Una historia del urbanismo español transdisciplinaria –esto es, no limitada a artistas y técnicos– permitiría recuperar no sólo a Ganivet, sino a tantos otros que, desde las Ciencias Sociales en su sentido amplio, no sólo se han ocupado teóricamente de estas cuestiones, sino que han contribuido seriamente al desarrollo del Urbanismo. Bidaçor incluyó en su reseña del Urbanismo contemporáneo un breve homenaje al periodista y pensador Fernández de los Ríos, quien desde el exilio –era un revolucionario liberal– escribió en 1868 un excelente libro contra el proyecto de ensanche de Madrid que, de haber sido atendido por los técnicos hubiese producido una ciudad mejor diseñada, con una corona verde y un sentido metropolitano que sólo cien años más tarde se llegó a entrever (BIDAÇOR, 1968: 267).

(23) No es baladí recordar que Simmel tenía 45 años cuando publica *Las grandes ciudades y la vida del espíritu* (1903). Geddes 50 años cuando publica su primera gran obra, *Desarrollo de las ciudades* (1904), y Weber 59 años cuando publica su libro *La ciudad* (1925).

(24) Lo social, en Howard, es inseparable de lo urbano. Como es sabido, el título de su obra, publicada en 1898, es precisamente *Mañana: una vía pacífica hacia la reforma social*. Con el importe de la venta de su libro creó una Asociación de rápido éxito, que encargó la materialización de sus ideas urbanísticas a los arquitectos Parker, Unwin y Louis de Soissons, surgiendo así las primeras ciudades-jardín que servirían de modelo durante décadas en muchos ensanches urbanos y nuevas ciudades de Europa y Estados Unidos. Tal vez

podría incluirse a Arturo Soria en esta nómina de utopistas, pero no tengo claro que le guiase la intensa preocupación reformista que hervía en los utópicos anglosajones o franceses.

(25) En un artículo de un geógrafo, Paul Clerget (BARDET, 1963:19). No obstante, García-Bellido corrige a Bardet el nombre de Clerget (que sería Pierre), y además atribuye al italiano A. Contento la primera utilización del término, en 1902 (GARCÍA-BELLIDO, 1994:1123ss.).

(26) Precisamente se denominan así, *construcción de ciudades*, tanto el de Sitte (Viena, 1889) como el de Stübben (Berlín, 1890). En realidad son manuales de diseño viario y sistemas generales, y de arquitectura neoclásica, y no manuales de Urbanismo propiamente dicho, entendido en toda su complejidad. García-Bellido presenta estas obras (así como la de Reinhard Baumeister, editada en 1876), como comprensivas de aspectos sociológicos (GARCÍA-BELLIDO, 1994: 1110). Sin embargo, para G. Albers la obra de Baumeister es «*eminente técnica*», como la de Sitte es eminentemente estética. Las notas de este autor sobre el origen del Urbanismo en Alemania nos permiten descubrir cómo también allí la cuestión urbana fue antes social que técnica, citando la obra del estadístico Bruch sobre *El futuro edilicio de Berlín y el plan de edificación* (1870), y el que denomina «*el primer libro sobre urbanismo escrito en lengua alemana*» (ALBERS 1978: 33), obra de la condesa Dohna Pominski, bajo el seudónimo de Arminius, y con el título de *La penuria habitacional de las grandes ciudades y los fundamentos de una ayuda efectiva*.

explosivo de las ciudades (27), intentará, en las primeras décadas del siglo XX, incorporar las aportaciones de una ciencia naciente, la Ecología, a estas cuestiones. Surge así la Ecología Humana, con Robert Park y Ernest Burgess como máximos exponentes, quienes acuñaron el término en 1921. De alguna manera recogen todo el bagaje de los sociólogos que se han ocupado del espacio en el siglo XIX, de los primeros sociólogos urbanistas, y de elementos de la naciente Geografía Humana. Sus estudios sobre la ciudad de Chicago, siguiendo su proceso de conversión en una metrópolis moderna, han tenido una gran influencia. Aunque la Escuela de Chicago se agotó en sí misma, por sus excesos darwinistas y su reduccionismo cuantitativo, las teorías de Park, Burgess o Hawley vinieron a aportar, a la interpretación de los hechos sociales, una perspectiva espacial y territorial que otras ciencias relacionadas con el espacio, como la Geografía, no habían llegado a profundizar por su carácter esencialmente descriptivo. Al análisis geográfico de la forma, la Ecología Humana añade la investigación de la función, la interrelación y sobre todo los procesos (28). Pero entretanto la influencia de otras grandes teorías, sobre todo del estructuralfuncionalismo de Parsons y Merton, y el surgimiento de otros problemas de dimensión planetaria, contribuyeron en mayor medida a apartar al sociólogo del Urbanismo como fenómeno global (29), limitando su campo de observación a cuestiones microsociológicas de alcance limitado.

Los excesos de los técnicos en el desarrollo de las ciudades, entre los años 30 y 60 –especialmente por la influencia de Le

Corbusier– contribuyeron a la aparición de nuevos y más profundos problemas sociales. La reconstrucción de las ciudades europeas tras la segunda guerra mundial, la renovación especulativa de los centros urbanos en las principales ciudades americanas, la agudización del fenómeno de la urbanización y la afluencia masiva de inmigrantes a las ciudades y metrópolis de los países en vías de desarrollo, el recrudecimiento de los fenómenos de segregación social y espacial, atrajeron de nuevo la mirada del sociólogo hacia la ciudad y los problemas urbanos. Las teorías de Geddes volvieron a ser influyentes.

Sin embargo, la omnipresencia del estructuralismo –especialmente cuando fue marxista– mantuvo a los sociólogos atados a problemas sectoriales, y discusiones escolásticas, sin una perspectiva global. La Sociología se circunscribe a los denominados *problemas sociales*, como la segregación, la cuestión de los inmigrantes, la pobreza urbana (el cuarto mundo), los denominados *movimientos sociales*... Se construye una Sociología Urbana corta y timorata, que cuando no es pura geografía –esto es, empirismo que se agota en la propia descripción– parece incapaz de incorporar seriamente lo espacial a los fenómenos sociales. Hoy se reconoce que no mucho más se ha añadido a los círculos concéntricos de Burgess y la tesis del urbanismo de Wirth (PLANAGAN, 1993:4). Se busca ciertamente su participación multidisciplinar, pero apriorísticamente se reduce su campo de intervención, interna y externamente, quedando en la práctica urbanística como vistoso florero de los técnicos más inquietos (30).

(27) No hay que olvidar que Chicago, que soportó un crecimiento y una industrialización compulsivos, y constituye uno de los principales puntos de atracción de inmigrantes, simbolizaba en esa época lo mismo que Londres alcanzó a simbolizar en el siglo XIX.

(28) McKenzie se lamentaba, en 1926, de que «falta todavía un estudio de la expansión considerada como un proceso, aunque los materiales para ello y los puntos más esenciales y familiares de los diferentes aspectos del proceso existen ya contenidos en ordenanzas de planificación de la ciudad, zonificación y estudios regionales» (MCKENZIE, 1974:1,71).

(29) Salvando algunas excepciones, como la de Elisabeth PFEIL con *Investigación de la ciudad* (1950), o Nels ANDERSON, quien en 1960 se plantea una lectura más enciclopédica que holista de la comunidad urbana, y para quien «el sociólogo

urbano debe extraer su molineta de muchos molinos. Debe volver los ojos a los especialistas por lo menos en dos niveles distintos, empezando por los estudiosos: historiadores, economistas, científicos, ecólogos, psicólogos, geógrafos y demógrafos. En otro nivel, ha de buscar los especialistas que se preocupan menos por los conceptos y están más atentos al manejo y la acción: administradores, ingenieros, trabajadores sociales...» (ANDERSON, 1965:13).

(30) En los últimos años la Sociología Urbana ha preferido adentrarse en el campo de la planificación planetaria, o intergaláctica, tal vez ante su incapacidad para hacer frente a sus responsabilidades dentro del término municipal. Aunque también hay que reconocer que en las tecnópolis y ciudades-mundo no hay barrios obreros, ni desagradables *bidonvilles* –o al menos no se perciben desde el jet.

¿ES POSIBLE UN URBANISMO TRANSDISCIPLINARIO?

Es frente a esta derrota de la Sociología frente a la que se alzan teóricos e investigadores sociales como Paul Goodman o Henri Lefebvre, con sus propuestas globalistas/holistas, en el primer caso, o de *cooperación interdisciplinaria* en el segundo. Es un momento en el que se empieza a reconocer la idea del carácter político de la planificación del espacio, o *que los contextos sociales subyacentes tienen un alcance más profundo que el que pueda ser influido de manera sustancial por algún otro tipo de planificación: la ley sobre el horario de comercio, los aparatos de televisión y las heladeras contribuyen más a la "desolación de los centros urbanos" que las concepciones urbanísticas* (ALBERS, 1978:46). Temprana mente se reflexiona en esa línea también en España, donde los primeros grandes informes sociológicos se ocupan tanto de la ciudad como de la ordenación del territorio. El informe FOESSA de 1970 se plantea *pensar no sólo en una planificación física, sino en una alteración fundamental de las estructuras básicas: propiedad del suelo, segregación y relaciones entre las clases, participación ciudadana, organización de la enseñanza o del transporte colectivo, y todo ello en el sentido de un "óptimo social" en el aprovechamiento del espacio* (DE MIGUEL *et al.*, 1974:329).

En 1962, Lefebvre propone explícitamente, en la revista *Utopie*, la necesidad de una Facultad de Urbanismo. Su tesis de partida es que, *incluso si planteamos como principio metodológico el que ninguna ciencia se renuncie a sí misma, y que, por el contrario, cada especialidad debe avanzar hasta el límite la utilización de sus recursos para alcanzar el fenómeno global, ninguna de estas ciencias puede pretender agotarlo. Y tampoco regirlo* (LEFEBVRE, 1971:230).

Sin embargo, el propio Lefebvre plantea el tipo de limitaciones que surgen cuando se plantea en términos metodológicos la multidisciplinaria, a la que califica de diálogo de sordos, o *seudoencuentros sin lugares comunes*. Porque el problema fundamental y primario es el del lenguaje. Un lenguaje, una terminología y unos conceptos comúnmente compartidos son la base del

desarrollo científico, y no siempre ocurre eso en el Urbanismo multidisciplinar. Cada especialista busca ser el hombre de la síntesis, es decir concibe la síntesis en su propio terreno, a partir de sus datos, de su experiencia profesional parcializada, de su terminología, de sus conceptos y tesis... Se termina en compromisos mediocres, sobre todo por cansancio, porque hay que detener la discusión en algún momento.

Lefebvre propone la creación de una Facultad que, utilizando sus propias palabras, *reagrupe alrededor del análisis del fenómeno urbano todas las disciplinas existentes, desde las matemáticas (estadística, pero también teoría de la información y cibernética) a la historia y la lingüística, pasando por la psicología y la sociología* (LEFEBVRE, 1971: 231). Y en la que el diseño y las Ciencias de la Naturaleza, añadiría yo retomando la propuesta lefebvriana, tendrían un fuerte peso específico. Pues en cierto modo, los límites de las tesis de Lefebvre devienen de su carácter metafísico, en el buen sentido. Del mismo modo que en Sociología se distingue muy bien (aunque no siempre sabemos o queremos hacerlo) entre Sociología y Filosofía Social, habría que distinguir aquí entre Filosofía Urbana y Urbanismo propiamente dicho. La no distinción de la parte del discurso de Lefebvre que corresponde a uno y otro ámbito creo que ha limitado fuertemente (además de las razones ya señaladas sobre competencia intercientífica, ecología o relaciones de producción) las posibilidades de materialización de su propuesta. Él mismo señala la imposibilidad de separar *la crítica de las ciencias especializadas de la crítica implacable de las políticas especializadas, de los aparatos políticos y sus ideologías*. En España, donde gracias a la actividad divulgadora de Gaviria –y a su práctica profesional en el Urbanismo– las teorías urbanísticas de Lefebvre tuvieron durante una época tanta aceptación como en Francia, esas contradicciones de su propuesta de programa científico e institucional fueron aún más manifiestas. Aunque serían más determinantes de su fracaso las barreras –tanto externas como internas– que, objetivamente –y sin entrar en cuestiones más biográficas que sociales–, imposibilitaban la

institucionalización de una vía desde la que se afirmaba, por ejemplo, que *los grandes enemigos (...) son las grandes consultoras. Hay seis u ocho grandes consultoras en España con cientos, y a veces miles de expertos, ingenieros, etc., a veces muy ignorantes, que hacen lo que les dicen pero que no saben pensar (...), y hay que entrar en el terrorismo intelectual y técnico contra las consultoras de proyectos* (GAVIRIA, 1981;63) (31).

Paul Goodman podría ser representativo de esta nueva tendencia en los Estados Unidos, donde en el mismo periodo (a partir de mediados de los 60) se observa una recuperación de las teorías de Mumford, además de la aparición de toda una generación de pensadores que, desde disciplinas muy diversas, se acercan al Urbanismo con una actitud globalizadora que podríamos ya considerar en cierto modo transdisciplinaria. Citemos a Jacobs, economista, con su obra *Vida y muerte de las grandes ciudades*; los sociólogos Bukchin con *Los límites de la ciudad*, e Illich (quien, aunque europeo, desarrolla su actividad en México y en el marco de la cultura intelectual anglosajona) con sus trabajos sobre *La sociedad convivencial*; o Alexander con sus propuestas, desde la arquitectura, de *Un urbanismo democrático*, entre otros muchos. El propio Goodman es un sociólogo que se ocupa de aspectos tan diversos como el diseño urbano, el tráfico o la psicología del espacio, y que escribe precisamente varios de sus libros en colaboración con un arquitecto, su hermano Percival. Y es justo en 1962, en la misma fecha en que Lefebvre hacía sus propuestas de Facultad de Urbanismo, cuando Goodman alega: *He sido calificado de ignorante que tocaba, sin profundizar en ellos, una amplia variedad de temas: sociología, psicología, urbanismo y tecnología, pedagogía, literatura, ética y estética. Es cierto que mis conocimientos no son muchos, pero es falso que*

escriba sobre gran diversidad de temas. El único que atrae mi atención es el comportamiento del ser humano en el escenario que han montado ellos mismos (GOODMAN, 1973;7). Un escenario que no es sino el medio natural transformado, el medio ambiente urbano o rural, que atrae a científicos sociales desde campos muy diversos, pero que guardarán en común, frente a la tradición de la Ecología Humana de la Escuela de Chicago, casi dos únicos elementos: de un lado, la misma falta de sistematización que ofrece la propia Naturaleza; de otra parte, el lema recogido en la última de las XI Tesis sobre Feuerbach de Marx: *Los filósofos se han limitado a interpretar el mundo de distintos modos; de lo que se trata es de transformarlo*.

El proceso de institucionalización de la Sociología en España pienso en suma que dejó fuera, desgraciadamente, esta rica vena, y para comprender aquella situación cabrían también, por supuesto, muy buenas explicaciones sociológicas. A toro pasado para todos resulta obvio que la Sociología Urbana, la Ecología Humana y la Demografía no constituían, desde luego, un complemento curricular suficiente para enfrentarse a la complejidad del fenómeno urbanoterritorial, pero así han ocurrido las cosas.

DEL URBANISMO A LA CIENCIA DEL TERRITORIO

Desgraciadamente está por desarrollar una Ciencia del Territorio, autónoma en su metodología y conceptos, y que deberá ampararse en el nuevo paradigma ecológico. Hasta en tanto esa ciencia haya adquirido carta de naturaleza, seguiremos navegando en disquisiciones más o menos interdisciplinarias; o más exactamente en peleas entre disciplinas que se acercan al territorio, en nuestro caso al territorio urbano, a menudo desde presupuestos y con objetivos

(31) En cualquier caso se dió a lo largo de los años 70, en España como en buena parte de Europa, un rico proceso de confluencias que produjo a finales de aquella década, y primeros años de la siguiente, algunos de los mejores documentos de planeamiento del Urbanismo español. Sin embargo –en cierto modo hartos de su papel de florero–, muchos de los sociólogos-urbanistas de la época, siendo sin duda el más representativo el propio Gaviria –de quien no pocos de los

urbanistas actuales se declaran hijos, incluso nietos, pero casi nunca simplemente discípulos, por una especie de síndrome que podríamos denominar *pavor epistemológico*–, terminaron por desertar del Urbanismo y pasarse a áreas menos competitivas disciplinariamente. La *dimisión* de los sociólogos, y la entrada de otros profesionales procedentes de las ciencias naturales, ha contribuido a una renovada tecnocratización del planeamiento.

diametralmente opuestos. Algún día saldrán de la Universidad los titulados en Ciencias del Territorio, sea por la rama de Urbanística, sea por la de Ruralismo (32), o por la de Ambientalismo y Paisaje; esperemos que no los llamen *ingenieros urbanistas*, *ingenieros territoriales*, *ingenieros en sistemas ambientales* o algún otro pretencioso término de impronta tecnocrática.

Las Ciencias del Territorio tienen como objetivo el conocimiento (para su posterior optimización) de las relaciones entre la sociedad (más que el hombre individual, o el hombre como especie, temas que serían más propios de la Psicología Ambiental en el primer caso, y de la Ecología o Biología en el segundo) y el medio fisicoterritorial en el que se desenvuelve la vida de esa sociedad. Una de sus aplicaciones será obviamente la planificación física, territorial o urbana, que perseguiría desde estos presupuestos una armónica distribución de las actividades en el espacio, y su regulación de acuerdo con la capacidad de los ecosistemas (naturales y artificiales, biológicos y sociales) y con las relaciones entre ellos. Partiendo, por supuesto, de que el Territorio tiene sus propias leyes de desarrollo, independientes de la dinámica de los ecosistemas naturales, que en unos casos han sido definidas de forma parcelaria desde diversas disciplinas científicas, y en otros casos están por definir. Hoy, en este sentido, estamos en disposición de conocer con anticipación (en términos ni siquiera probabilísticos, pero al menos aproximativos) los cambios que en la estructura, la forma o la función del territorio, o la ciudad, pueden provocar las transformaciones sociales, económicas o medioambientales. Y a su vez, y por consecuencia, podemos establecer las transformaciones territoriales y/o urbanísticas que podrían ser coadyuvantes de cambios, hacia mejor, de la sociedad. Pues, con palabras de Geddes, *nuestros informes no*

pueden sino apuntar a la acción, como el diagnóstico al tratamiento (en JACKSON, 1973:27).

En mi opinión la Ciencia del Territorio, y el arte de la ordenación territorial o del Urbanismo que de ella puede derivarse, forman parte del magma de las Ciencias Sociales. No se trata en absoluto de una ciencia exacta, y tampoco puede ser tratada en términos ingenieriles ni, en el extremo opuesto, exclusivamente artísticos (como ocurre con la arquitectura o las propias obras públicas que jalonan y estructuran el territorio, rural o urbano). Antes bien, es una ciencia de aproximación, como todas las ciencias sociales, y en consecuencia sujeta a paradigmas filosóficos previos. Es, en fin, una ciencia y una actividad fuertemente ideologizada; en último término es el componente ideológico el que determina en el planificador, en primer lugar, el propio conocimiento previo de la realidad territorial, primando unas técnicas de análisis sobre otras, unos aspectos sobre otros, y en segundo lugar las propias soluciones (se preferirá primar el aumento de la velocidad de circulación de los coches, o el aumento de la comodidad y libertad de los peatones; la productividad en las empresas o el bienestar e integración de las comunidades de trabajadores; el aumento del PNB o el incremento de la felicidad y sociabilidad de la población...).

En este marco el Urbanismo, tal y como hoy lo conocemos, puede constituir la avanzadilla de la configuración de las Ciencias del Territorio, por cuanto constituye la única rama de las llamadas Ciencias Sociales (aceptado que pertenece a este ámbito) que ha entrado a saco, y con pretensiones totalizadoras, en la Ordenación del Territorio.

Sin embargo, dos poderosos hándicaps han limitado el acercamiento desde esta disciplina, acabando al fin con la posibilidad de que terminase convirtiéndose en la auténtica Ciencia del Territorio (33). El menos

(32) El término «ruralismo» fue acuñado por M. Maurice Vignerot en 1916, y defendido frente al concepto de «urbanismo rural» u «ordenación rural» por Gaston Bardet entre otros. En realidad el término más apropiado, en el marco de este discurso, sería el de *Ruralística*.

(33) En realidad, el mismo orden de problemas que venimos tratando en relación con el Urbanismo podrían ser considerados

en relación con la Ordenación del Territorio, donde el marasmo epistemológico no es menor, aunque se da una mayor coexistencia multidisciplinar en un mismo nicho, una vez más porque los intereses económicos materiales en juego no son tan fuertes.

importante de estos hándicaps se viene superando, aunque tardíamente, en los últimos años, y es el monopolio corporativo que en algunos países se detentaba desde algunas áreas técnicas sobre el Urbanismo. La recuperación, en los últimos tiempos, por parte especialmente de los administrativistas, sociólogos y geógrafos (aunque también de los economistas, biólogos, etc...) del carácter necesariamente interdisciplinario del Urbanismo ha llegado demasiado tarde, cuando ya se había hecho efectiva la apropiación corporativa de la *capacidad técnica* para el planeamiento (34).

El segundo hándicap es mucho más insuperable, y es en realidad consecuencia del anterior: desde el Urbanismo se trata el territorio en su globalidad como una mera extensión al espacio rural (al suelo rústico, o «no urbanizable» –esto es, vacío de ciudad–, como ahora significativamente se denomina) de las leyes que rigen el desarrollo de la ciudad, y desde luego siempre en función de las necesidades de la propia ciudad (que precisa áreas captadoras de agua limpia para su abastecimiento, áreas de ocio, áreas productoras de alimentos frescos, pasillos de transporte y comunicación entre las ciudades, etc.). Y esto cuando, en el mejor de los casos, se alcanza a considerar que existe algo más allá de las fronteras de la ciudad, lo cual no siempre ocurre (pues lo más habitual entre la mayoría de los que practican el Urbanismo es que se considere a los espacios exteriores como un vacío imperfecto, tierra de nadie en la que puede refugiarse todo lo que no cabe en la ciudad (35)).

Recapitulando, y para terminar, plantearía la necesidad de construir una Ciencia del Territorio que supere las limitaciones de las distintas ramas del conocimiento que se

acercan al fenómeno de la relación entre los hombres y grupos sociales y el espacio, mediante la construcción de una terminología común, conceptos comunes, una metodología propia y una base epistemológica común, que en mi opinión debe enmarcarse bajo el nuevo paradigma ecológico. Una de las ramas de esa Ciencia del Territorio (o especialidades, por decirlo en términos curriculares) sería la Urbanística. Esto es lo que yo entiendo por transdisciplinaria, que no es sino la superación dialéctica del conflicto interdisciplinario. Naturalmente es un proceso apenas iniciado, aunque a la vez creo que es ya impararable.

Como en el caso de tantas otras ciencias, la mayor o menor duración del proceso de consolidación de estas Ciencias del Territorio dependerá de sus posibilidades de institucionalización.

El primer paso ha de ser, sin duda, la asunción por parte de quienes nos dedicamos total o parcialmente al Urbanismo de las limitaciones tanto conceptuales como empíricas de nuestras respectivas disciplinas para una comprensión global del fenómeno urbano y territorial, es decir la ruptura con el imperialismo científico o técnico. Creo que es un paso que ha sido dado ya por muchos urbanistas.

La consecuente profundización en la transdisciplinaria, en los cursos de postgrado ya existentes o que puedan diseñarse sobre estas materias, constituye el segundo paso.

El tercer y definitivo paso será la instauración de estudios universitarios, de nivel medio y/o superior específicos (la figura de un tercer ciclo no resuelve la cuestión, pues generaría situaciones de conflicto disciplinario entre distintos centros) (36).

(34) Tanto la Ley del Suelo del 75, como el nuevo Texto Refundido, evitan legitimar explícitamente las autoatribuciones de algunos colegios profesionales. Con el concepto de *facultativos competentes* utilizado por el texto legal pienso que se juega a conseguir que el derecho consuetudinario valide lo que seguramente la Constitución no puede sustentar. La existencia de los títulos de *Técnico Urbanista* que en su día expendía la propia Administración, a través del antiguo IEAL, lo mismo a arquitectos que a abogados o sociólogos; los que otorgan diversos centros universitarios, a través de cursos de postgrado y también a profesionales de diversas disciplinas; o la futura existencia de licenciados en Sociología, rama de

Urbanismo y Ordenación del Territorio, según planes de estudios oficiales (vid. infra), son elementos que pueden llegar a plantear en un momento dado un fuerte conflicto corporativista.

(35) Hay una reflexión temprana, aunque poco madurada, en Baigorri, A. (1983). «La urbanización del mundo campesino», *Documentación Social*, n.º 51, pp. 143-158

(36) En el campo de la Sociología se han dado recientemente, y al abrigo de los nuevos planes de estudio, algunos pasos muy interesantes en algunas Universidades. En la Universidad Pública de Navarra se han introducido, junto a Sociología Rural, Sociología Urbana, Ecología Humana o Demografía, asignaturas como Políticas Territoriales y Ordenación del Territorio,

Naturalmente, como corresponde a una concepción en la que se prima la determinación de los elementos ecológicos e infraestructurales, por encima de la influencia (no negada) de las superestructuras, no esperamos que esos cambios se produzcan por la acción voluntarista de grupo alguno. Serán más bien la creciente extensión y

complejidad de los problemas de organización urbanisticoterritorial, junto a la necesidad de adaptación a los nuevos ecosistemas físicos y sociales, las variables que determinen la aceptación del carácter específico de las Ciencias del Territorio, y en particular del Urbanismo, y sobre todo su carácter transdisciplinario (37).

BIBLIOGRAFÍA

- ALBERS, G. (1978): «Construcción de ciudades e imagen del hombre», *Discusión*, 2: 2558.
- ANDERSON, N. (1965): *Sociología de la comunidad urbana*, FCE, México (ed. orig. 1960).
- BAHRDT, H. P. (1978): «Crítica a la crítica de la gran ciudad», *Discusión*, 2: 5986.
- BAIGORRI, A. (1983): «La urbanización del mundo campesino», *Documentación Social*, 51: 143-148.
- BARDET, G. (1963): *L'Urbanisme*, PUF, Paris, (1ª ed. 1945).
- BENEVOLO, L. (1994): *Orígenes del urbanismo moderno*, Celeste, Madrid (ed. orig. 1963).
- BIDAGOR, P.; CARRERA, L.; CHUECA, F.; GARCÍA-BELLIDO, A.; TORRES, L. (1968): *Resumen histórico del Urbanismo en España*, IEAL, Madrid, (1.ª ed. 1954).
- BURGUESS, E. W. (1974): «El crecimiento de la ciudad: introducción a un proyecto de investigación», en Theodorson, comp., *Estudios de Ecología Humana*, Labor, Barcelona, Tomo I: 6981.
- CAPEL, H. (1984): *Geografía Humana y Ciencias Sociales*, Montesinos, Barcelona.
- CASTELLS, M.; HALL, P. (1994): *Tecnópolis del mundo*, Alianza, Madrid.
- CHOAY, F. (1971): *El urbanismo. Utopías y realidades*, Lumen, Barcelona, (ed. orig. 1965).
- DE MIGUEL, A.; DE MIGUEL, J.; ALMARCHA, A.; MARTÍN, J.; OLTRA, B.; SALCEDO, J. (1974): *Síntesis del informe sociológico sobre la situación social de España 1970*, Euroamérica, Madrid.
- ENGELS, F. (1978): *Contribución al problema de la vivienda*, Progreso, Moscú, (ed. orig. 1872).
- FLANAGAN, W. G. (1993): *Contemporary Urban Sociology*, CUP, Cambridge.
- GANIVET, A. (1905): *Granada la Bella*, Victorino Suárez, Madrid, (se ha utilizado la edición de Circulo de Amigos de la Historia, Madrid, 1978).
- GARCÍA-BELLIDO, J. (1994): «Inicios del lenguaje de la disciplina urbanística en Europa y difusión internacional de la "urbanización" de Cerdá», en VVAA, *Tiempo y espacio en el arte. Homenaje al profesor Antonio Bonet*, Ed. Complutense, Madrid: 1103 y ss.
- GAIVIRA, M. (1981): *El buen salvaje* (antología preparada por Baigorri, A.), El Viejo Topo, Barcelona.
- GOODMAN, P. (1973): *Ensayos utópicos*, Península, Barcelona (ed. orig. 1962).
- JACKSON, J. N. (1973): *La información y la planificación territorial y urbana*, Labor, Barcelona.

(continuación)

Geografía Humana o Sociología del Futuro y Prospectiva, que completarán sin duda el curriculum de los sociólogos-urbanistas. En la Universidad de Alicante su nueva licenciatura en Sociología contempla una especialidad en Urbanismo y Ordenación del Territorio. Si hemos de hacer caso a los datos empíricos, pareciera que por desgracia sólo en las nuevas universidades pueden ser soportados, por las estructuras del poder establecido, estos reagrupamientos. Y tampoco se observan en otras disciplinas movimientos curriculares convergentes, como los intentados desde la Sociología, sino al contrario una especie de enrocamiento propio del miedo a la extinción. Por otra parte -aún no estando claro todavía si las Ciencias del Territorio y del Urbanismo acabarían en su vertiente aplicada al nivel del Estudio de Detalle, o incluso del Plan Parcial-, quedan por superar algunas limitaciones formativas fundamentales, centradas en los aspectos constructivos, tecnológicos y de diseño, que contribuirán a

mantener la competencia interdisciplinaria en lugar de la superación transdisciplinaria.

(37) Partiendo de la inutilidad de plantear en el aire un debate sobre currícula, respondo a la inquietud de algunos urbanistas que han leído el borrador de este artículo, o han participado en las sesiones que le dieron origen. Una formación transdisciplinaria debiera incluir la mayor parte de las siguientes materias troncales: Análisis del Medio Físico, Bioecología, Ecología Humana y Población, Historia de las ideas urbanísticas y de la Ordenación del Territorio, Matemáticas, Estadística, Dibujo, Introducción al CAD, Diseño urbano, Paisajismo, Introducción a las técnicas constructivas, Redes e Infraestructuras, Sociología Urbana y Sistemas de Ciudades, Sociología Rural y Ecosistemas Agrarios, Estratificación y Conflicto Social, Economía, Hacienda Pública, Ciencia de la Administración, Derecho Urbanístico.

- KUHN, TH. S. (1971): *La estructura de las revoluciones científicas*, FCE, México.
- LE CORBUSIER (1971): *Principios de Urbanismo*, Ariel, Barcelona, (ed. orig. 1957).
- LEDRUT, R. (1976): *Sociología urbana*, IEAL, Madrid, (ed. orig. 1968).
- LEFEBVRE, H. (1971): *De lo rural a lo urbano* (antología preparada por Gaviria, M.), Península, Barcelona, 1971 (ed. orig. 1970).
- NISBET, R. (1979): *La Sociología como forma de arte*, Espasa Calpe, Madrid, (ed. orig. 1976).
- OWEN, FOURIER, HOWARD, GARNIER, LE CORBUSIER *Ciudad y utopía* (antología preparada por Sato, A.), CEAL, Buenos Aires, 1977.
- SIMMEL, G. (1978): «Las grandes ciudades y la vida intelectual», *Discusión*, 2: 1124.
- (1986): *Sociología*, 2 t., Alianza, Madrid (1967) (ed. orig. 1908).
- SCIENTIFIC AMERICAN (1967): *La ciudad*, Alianza, Madrid, (ed. orig. 1965).
- SCHMIDTRELENBERG, N. (1976): *Sociología y urbanismo*, IEAL, (ed. orig. 1968).
- TÖNNIES, F. (1979): *Comunidad y asociación*, Península, Barcelona, (ed. orig. 1887).
- WEBER, M. (1987): *La ciudad*, La Piqueta, Madrid, (ed. orig. 1925).
- WHYTE, W. H. (1968): *El paisaje final*, Buenos Aires, (ed. orig. 1968).